

como a la *ciudad sumergida*. Ambas estaban mucho más imbricadas de lo que pensábamos, y fueron precisamente los grupos subalternos los que con sus iniciativas y esfuerzos contribuyeron a hacer menos rígidas las fronteras que las separaban y unían. Al hacerlo, subvirtieron las normas legales y sociales que los condenaban a la sumisión, pero también reprodujeron las contradicciones internas que les impedían alcanzar una mayor cohesión social. *Esclavos de la ciudad letrada* constituye un valioso aporte para la comprensión de esta dinámica.

CARLOS AGUIRRE
Universidad de Oregon

MÉNDEZ GASTELUMENDI, Sonia Cecilia. *The Plebeian Republic: The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850.* Durham: Duke University Press, 2005, 343 pp., ilustr.

Conocí a Cecilia Méndez en la Universidad de Yale hace varios años, cuando las dos estábamos allá. Me impresionó una ponencia que allí ofreció y que tiempo después convirtió en un artículo titulado «El poder del nombre». Por ello, le pedí leer su tesis doctoral sobre la rebelión de Huanta. Me la prestó después de advertirme que podría no gustarme, porque su escritura había sido estimulada por el interés de contradecir un artículo que yo había escrito años atrás con Heraclio Bonilla sobre la independencia del Perú. Pero sus argumentos eran más que interesantes, eran convincentes, y me dio gusto saber que nuestro texto había contribuido a estimular un trabajo tan bueno, porque el historiador o historiadora que logra con su obra que alguien lo tome suficientemente en serio, como para dedicarle tiempo a su lectura y corrección, recibe el mejor regalo posible. Ahora aquella tesis ha sido transformada en un libro que recomiendo y que dentro de un tiempo, espero corto, estará además disponible en una traducción al español, publicada por el Instituto de Estudios Peruanos.

La rebelión de Huanta ha sido tradicionalmente presentada como un movimiento monárquico y reaccionario, pero Méndez propone que, aunque los campesinos rebeldes inicialmente se levantaron *en nombre del rey*, sus objetivos tuvieron poco en común con las rebeliones campesinas tipo *Vendée* de la época de la Revolución Francesa, con las que la de Huanta ha sido comparada. Por el contrario, Méndez sostiene que los campesinos de Huanta, aunque eran mayormente comuneros pobres y monolingües, eran, al mismo tiempo, comerciantes y arrieros con amplias relaciones económicas y sociales que no recurrían a las armas para defender ni al rey ni a la tradición, sino para lograr sus propios fines. Usaban la bandera del monarquismo para forjar una política propia: la participación activa en la formación del Estado republicano. Se trataba de fundar una *república plebeya*, esto es, una república en la que el poder no residiese en una elite definida por la cultura y la etnicidad, sino en una elite campesina cuyo poder descansaba en sus actividades económicas y su participación en las guerras de caudillos de las primeras décadas de la república.

Lo original de la obra de Méndez es que, en vez de aplicar teorías sobre la formación del Estado a los datos de la rebelión, cuya historia cuenta, examina la organización y práctica del gobierno ejercido por los campesinos rebeldes con el fin de comprender lo que una población rural pudo haber entendido por *Estado y Nación*, y propone una visión diferente de los sistemas colonial y republicano. Ambos sistemas estaban fundados en la separación de las culturas andina y española. Pero esa situación, basada en las leyes coloniales, tenía poca vigencia en la práctica en muchas regiones del interior, incluso en la de Huanta, donde indios, españoles y otros pobladores construyeron juntos una sociedad en la que el *status* étnico o racial importaba bastante menos que las relaciones económicas. Y mientras que el nuevo Estado republicano seguía haciendo uso de la legislación colonial y aun intensificaba las diferencias étnicas y sociales, los rebeldes, en gran medida, actuaban de acuerdo con su propia realidad, dando origen en la práctica a una política plebeya y no elitista.

Este libro es parte de la mejor tradición de la investigación histórica, que trata de seguir las huellas del pasado no solamente para entender ese mismo pasado, sino para responder a las preocupaciones del presente. El estudio busca entender a la gente que vive en el mundo rural, los campesinos, no como sujetos condenados, víctimas o manipulados por los líderes y caudillos nacionales. Busca, detrás de las fuentes que expresan las voces oficiales, las huellas de gente que tiene sus propias agendas y propuestas políticas, aunque estas no puedan ser expresadas con toda la retórica de los que ostentan hablar en su nombre. Para llegar a esa gente, sin embargo, no es suficiente reproducir los datos de sus actuaciones, ni lo que otros, con diferentes agendas, decían sobre ellos. Hay que buscar estas huellas detrás de la masa de papeles que generó una irrupción popular, intentando así borrar sus intenciones por explicaciones e interpretaciones impuestas desde afuera. Y eso ha hecho la autora.

El libro de Méndez ofrece un estudio detallado sobre uno de los múltiples episodios de la historia peruana que puede enseñar mucho sobre el proceso de formación de este Estado excluyente que tenemos ahora, el cual ha facilitado la construcción de una cultura política cerrada que ha creado el ambiente ideal para olvidar la humanidad que compartimos con la gente de los pueblos de la sierra. Y así hacernos cómplices —como dijo Salomón Lerner Febres hace un año y medio en la presentación del informe final de la CVR— de la violencia que han sufrido.

La república plebeya es, para mí, una prueba más de la vigencia de la Historia y de los debates históricos. Su nueva visión del pasado me recuerda lo que George Orwell escribió hace muchos años, cuando advirtió que los que controlan el presente controlan el pasado, y por eso, los que controlan el pasado controlan el futuro, porque delimitan los contornos dentro de los cuales podremos concebir las posibilidades de la vida. El estudio de Méndez reabre el pasado no solamente para generar nuevas preguntas sino para desmentir, en sus respuestas a estas, una cantidad de ideas tradicionales acerca de la falta de participación y la inmovilidad de la gente en la política y

la historia del país. Y precisamente en este tiempo de crisis, no solo necesitamos nuevas ideas y nuevas prácticas, sino una nueva Historia que reconozca no solamente los logros y la trayectoria caminada, sino también las puertas que hemos cerrado y los caminos que hemos rechazado para poder concebir un futuro mejor.

KAREN SPALDING

University of Connecticut

MONNIER, Marcel. *De los Andes hasta Pará. Ecuador - Perú - Amazonas.* Traducción de Edgardo Rivera Martínez. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Banco Central de Reserva del Perú, 2005, 350 pp.

En el siglo XIX, las comunicaciones eran difíciles en el Perú debido a que las antiguas rutas terrestres se hallaban en mal estado por falta de conservación, y los puertos eran escasos y con una infraestructura deficiente. A los riesgos habituales de la geografía peruana, el viajero debía añadir la amenaza de los bandidos. Viajar, pues, era una empresa riesgosa y llena de sorpresas, por lo que el viajero fue un personaje y los libros que relataban sus aventuras un género apasionante, obra de autores que supieron reunir la calidad literaria y el interés por el conocimiento. El francés Marcel Monnier perteneció a ese grupo de viajeros cultos que se internó en el territorio nacional atraído al mismo tiempo por el espíritu de aventura y la curiosidad científica.

Monnier, cuyo verdadero nombre era Jean Marie Albert Marcel, partió de Panamá a inicios de 1886 portando un abultado equipaje, que incluía, entre otros objetos, cuadernos de notas y una cámara fotográfica. Desembarcó en Guayaquil, de donde prosiguió por tierra a Quito. Llegó a Lima en abril y permaneció en el país hasta noviembre de ese mismo año. Tras una estancia de varias semanas en la capital, interrumpida por un corto viaje a Santiago de Chile, continuó su